

Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, 220 pp. Prólogo de Josep Fontana.

Este famoso historiador británico y como buen isleño algo euroescéptico, según se puede comprobar en algunas respuestas a las preguntas de Antonio Polito, ha sido profesor del Birbeck College de la Universidad de Londres y de la New School for Social Research de la Universidad de Nueva York. De su abundante obra se pueden citar los siguientes títulos: *Trabajadores*, *El mundo del trabajo*, *Industria e imperio*, *Rebeldes primitivos*, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, la serie formada por *La era de la revolución, 1789-1848*, *La era del capital, 1848-1875*, *La era del imperio, 1875-1914* e *Historia del siglo XX*, y, por último, *Sobre la historia*.

Hobsbawm es uno de los investigadores sobre el pasado de la humanidad que más abierto se muestra frente al estudio del futuro, como lo demuestra en particular en un ensayo del último libro citado: “Con la vista puesta en el mañana: la historia y el futuro” (*Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 52-69), por lo que no es de extrañar la publicación de esta entrevista sobre el nuevo siglo. Sin embargo, Hobsbawm no es un prospectivista, por lo que, más que hablar acerca del siglo XXI, el historiador británico lo hace sobre los tiempos que ha vivido y/o estudiado.

La entrevista está estructurada en siete partes o capítulos de desigual valor: “Guerra y paz”, “La decadencia del imperio de Occidente”, “Pequeño mundo global”, “Al fondo, a la izquierda”, “El ‘Homo globalizzatus’”, “Querida Italia” y “12 de octubre de 1999”, más una introducción (“El Tarot del historiador”) y una conclusión (“¡Buena suerte!”).

Pese a su título efectista, pues, como suelen decir los prospectivistas, las predicciones o previsiones, sean blandas o duras, no tienen nada que ver con la adivinación, la astrología o la videncia, la introducción es la parte más relevante de la obra, porque en ella Hobsbawm vuelve a reivindicar una visión de la historia que tiene poco que ver con la tan canónica como decimonónica todavía vigente que asocia de una forma absolutamente simplista historia y pasado: la de que nuestra vieja disciplina es “el relato de la evolución de la sociedad humana en el tiempo” (p. 18). Naturalmente, esta definición recuerda sobremanera a la de Marc Bloch (“ciencia de los hombres en el tiempo”), aunque en el caso de Hobsbawm y por razones vitales (Bloch falleció al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la prospectiva científica ni siquiera existía), el tiempo es efectivamente todo el tiempo. Como dice el propio Hobsbawm en respuesta a la primera pregunta de Polito:

Todo el mundo prevé, o trata de prever, el futuro. [...]. Pero el proceso de previsión del futuro debe basarse necesariamente en el conocimiento del pasado. Lo que vaya a ocurrir tendrá forzosamente alguna relación con lo que ya ha ocurrido. Y este es el único aspecto en el que el historiador tiene algo que decir. [...]. Lo que [el historiador] sí puede hacer es tratar de analizar qué aspectos del pasado son importantes, qué tendencias apuntan y qué tipo de problemas se presentan. Así pues, dentro de ciertos límites, nosotros debemos hacer un esfuerzo de predicción, pero sin olvidar nunca el peligro que se corre de convertir esa previsión en caricatura. Es decir, debemos ser conscientes de que gran parte del futuro es, por principio, o para fines prácticos, totalmente imprevisible [p. 14].

Más allá de que Hobsbawm no se muestre muy afortunado al vincular acríticamente historia y pasado, que al fin y al cabo es un constructo, es evidente que su visión de la disciplina es con seguridad heredera de su concepción marxista de la historia, pues, como es bien sabido, forma parte del grupo de “historiadores marxistas británicos”, y en cierta medida postmoderna.

Vistos con ojos prospectivistas, de los distintos capítulos se puede destacar lo que sigue a continuación:

En “Guerra y paz”, Hobsbawm aborda el problema de la guerra, más que la solución de la paz, pero no hace grandes predicciones sobre estos asuntos de vida y muerte.

En “La decadencia del imperio de Occidente” (otro título que peca de sensacionalismo), el entrevistado subraya que “la globalización es un proceso que simplemente no se aplica a la política” o, dicho con otras palabras, que “no existen instituciones políticas globales” (p. 61). Con relación a las relaciones internacionales venideras, el historiador británico afirma que “la gran cuestión del siglo XXI es qué sustituirá efectivamente el viejo sistema de poderes que regía el mundo”, es decir, más que hacer una previsión, Hobsbawm plantea un interrogante. No obstante, cree que la próxima centuria “no va a ser el siglo de nadie” (p. 67), ni siquiera de los estadounidenses, lo que no quiere decir que los Estados Unidos “seguirán siendo, por supuesto, la única superpotencia durante mucho, mucho tiempo” (p. 74).

En el “Pequeño mundo global”, el entrevistado vuelve a tocar el tema de la globalización (o de la globalidad). Hobsbawm insiste en su tesis de que la globalización no afecta al campo de la política, pues, utilizando sus palabras, “Las únicas organizaciones internacionales que existen, existen porque han sido autorizadas por los estados-nación” o como agrega pocas líneas después el historiador británico, “no hay una tendencia natural hacia una globalización de las organizaciones políticas comparable con la tendencia natural de la economía a la globalización” (p. 101), lo que parece contradecir el parecer relativo a la crisis de los Estados-nación. En efecto, tal y como se expresa más adelante su opinión es tajante al respecto: “la relativa estabilidad del mapa político del mundo desarrollado, en la forma que determinan los estados, es algo que podemos dar por descontado” (p. 103). Además, al Estado-nación le confiere un papel de primera magnitud: el redistributivo (ver pp. 112-113).

En “Al fondo, a la izquierda”, Hobsbawm constata la existencia de una “crisis intelectual de la izquierda”, que no sólo ha afectado a la izquierda “revolucionaria”, sino también a la socialdemócrata (p. 124). No obstante, cree que todavía quedan en pie dos de los tres elementos que formaban parte de la vieja tríada que se remonta a la Revolución Francesa: la libertad y la igualdad, en especial el segundo de ellos (p. 128).

En “El ‘Homo globalizzatus’”, el historiador británico apunta el que a su juicio será uno de los grandes problemas del siglo XX: el de la enorme presión existente en la economía capitalista para eliminar a los seres humanos del proceso de producción, pues “son precisamente el único factor cuya productividad no puede ser incrementada fácilmente y cuyos costes tampoco se pueden reducir fácilmente” (pp. 156-157). Asimismo, hace otra predicción relacionada con una parte de dichos seres: las mujeres. Así, cree que

un “rasgo distintivo del próximo siglo será una mayor emancipación de las mujeres” (p. 167).

Tal vez, el capítulo más extraño para el lector sea el relativo a Italia, aunque se comprende por el hecho de que la versión original de la obra proceda precisamente del país transalpino (*Intervista sul nuovo secolo*, Gius, Laterza & Figli, 1999). También resulta curioso que sea en este capítulo en el que entrevistador y entrevistado toquen el tema de la Unión Europea (ver pp. 186-190), que, a mi juicio, debería haber sido abordado con mayor profundidad.

En el “12 de octubre de 1999”, el autor isleño se adentra en otra disciplina científica: la demografía. “Creo que la disparidad demográfica en las distintas zonas del mundo será en definitiva el mayor problema del siglo XXI” (p. 193), sostiene.

En suma, esta *Entrevista sobre el siglo XXI* es doblemente paradójica: por un lado, se trata en realidad de un intercambio de pareceres sobre el que ha sido “el peor y el mejor de los siglos” (p. 11), es decir, el siglo XX; y, por otro, es una obra que nos ayuda menos a prever la nueva centuria que a construirla, como, por otra parte, piensan muchos prospectivistas que debe hacer su (in)disciplina. Gracias al “historiador vivo más conocido del mundo” (Orlando Figes *dixit*), es probable que lo hagamos un poco mejor que sin su magisterio.

Carlos Navajas Zubeldia